

## 14 DE FEBRERO, 1932. A PROPÓSITO DE LA “AFIRMACIÓN DEL DISPLACER”.



**Sándor Ferenczi**

Cuando se logra filosóficamente insertar la situación de displacer, existente en la realidad, en una unidad mayor representada o percibida como algo inevitable, incluso necesario al pensamiento, pero sobre todo cuando se logra transferir la libido sobre esta mayor unidad de clasificación, el sentimiento de displacer puede desvanecerse aunque sus causas subsistan; incluso puede ocurrir que esta clasificación y su comprensión intuitiva esté, o bien devenga, tan teñida de placer que actúe como fuerza de atracción. Puede que allí resida un elemento o un factor de la posición masoquista. La “curación” de la compulsión masoquista podría desarrollarse de la manera siguiente: en tanto que esta clasificación, que se podría llamar optimista, es inconsciente, tiene una tendencia -correspondiente al proceso primario en el inconsciente- a engancharse a cada tipo de displacer, y también a esas especies de displacer que, en la realidad, no merecen esta apreciación optimista. Pero si el análisis tiene éxito en asociar conscientemente el goce del displacer a la situación especial que ha tenido verdaderamente lugar en la realidad, entonces puede que cese ese carácter compulsivo del masoquismo y que, en cambio, aparezca la capacidad racionalmente justificada de soportar el displacer en nombre de ventajas con las que se puede contar en el futuro. Cuanto más fuerte y destructivo el sufrimiento y quizás también cuanto más precozmente ha sido sufrido, determinando una orientación, tanto más grande debe ser el círculo de intereses a trazar alrededor del centro del sufrimiento para que sea sentido como rico de sentido, incluso naturalmente necesario. Por ejemplo (para anticipar lo más improbable): un niño sin defensa es maltratado, digamos, por el hambre. ¿Qué pasa cuando el sufrimiento aumenta y supera la fuerza de comprensión del pequeño ser? El uso común caracteriza lo que ocurre con la expresión: “el niño está fuera de sí”. Los síntomas de “estar-fuera-de-sí” (vistos desde el exterior) son: ausencia de reacción desde el punto de vista de la sensibilidad, calambres musculares generalizados, seguidos frecuentemente de parálisis generalizada (“haber partido”). Si creo en las declaraciones de mis pacientes que me cuentan tales estados, y bien, este “haber partido” no es forzosamente un no-ser, sino solamente un “no-estar-allí”. Pero entonces, ¿estar dónde? Nos enteramos de que han partido lejos en el universo, vuelan con una rapidez enorme entre los astros, se sienten tan delgados que pasan, sin encontrar obstáculos, a través de las sustancias más densas; allí donde están no hay tiempo; pasado, presente y futuro se les vuelve presente al mismo tiempo, en una palabra, tienen la impresión de haber superado el espacio y el tiempo. Visto desde esta gigantesca y vasta perspectiva, la importancia del sufrimiento propio desaparece, e incluso se abre una comprensión satisfactoria de la necesidad, para cada uno, de sobrellevar el sufrimiento cuando las fuerzas naturales, luchando y oponiéndose unas a las otras, se encuentran justamente en su persona. Después de tal excursión en el universo, el interés puede retornar hacia el propio yo, incluso quizás con una comprensión reforzada; el sufrimiento así “superado” los hace más sabios y más pacientes.

Es verdad que esta sabiduría y esta paciencia pueden, quizás cuando el sufrimiento ha sido demasiado fuerte y el distanciamiento en relación al yo demasiado enorme, pasar exteriormente por una restricción considerable de la calidad emocional de la vida en general. Después de una desilusión desmesurada, la mayor parte del interés queda suspendido en otro mundo, y el fragmento restante sólo alcanza para vivir una vida de rutina. ¿Qué aporta el análisis en tales casos? En mi experiencia, después que se ha establecido una verdadera confianza en la capacidad del analista para comprender todo, se produce una inmersión en los

diferentes estados de ese “estar-fuera-de-sí”, “haber-partido” fuera del tiempo y fuera del espacio, saberlo todo, visión a distancia y actuar a distancia, y esto en una sucesión incoherente e intermitente de imágenes, alucinaciones, lo que se podría caracterizar como una psicosis alucinatoria. Si no se tiene temor de este diagnóstico, e incluso si se intenta llevar a los pacientes a reconciliarse con las imágenes hasta entonces terroríficas (S.I.) y si, en esta ocasión, no rechazamos a priori la posibilidad de la realidad, psíquica u otra, de sus observaciones, y bien, en recompensa, recibimos el retomo parcial del interés por la realidad ordinaria y, en la mayor parte de los casos, incluso una tendencia pronunciada a ayudarme a mi mismo tanto como a otros que sufren, impulsando al optimismo. La tendencia a la creación de sus propias cosmogonías tan corriente en los esquizofrénicos que parece frecuentemente fantástica, es una tentativa parcial de insertar su propio sufrimiento “imposible” en esta unidad mayor.

La diferencia entre aquel que sufre y el filósofo sería entonces que el que sufre está en total rebelión contra la realidad específica penosa; lo que llamamos dolor no es quizás otra cosa que tal rebelión. Los fisiologistas y los médicos dicen que el dolor es útil como señal de alarma que anuncia un peligro. Uno puede preguntarse si la sujeción hipocondríaca al dolor, es decir, a la rebelión contra la perturbación no es más bien un obstáculo en la vía de la adaptación (La frase de Coué: “no hay enfermedad, estoy mejor cada día” como la negación de la enfermedad por Baker Eddy, quizás es eficaz, si realmente lo es, por el hecho de que detrás se oculta una especie de adhesión benevolente a la enfermedad). En lugar de decir: “no hay enfermedad”, he encontrado que el consejo de no combatir el dolor, e incluso de dejarlo agotarse, se mostró eficaz en ciertas ocasiones. (Analogía con la ausencia de mareo cuando mi voluntad se pone de acuerdo con la del barco.) En todo esto permanece sin solución, es decir, sin respuesta, la cuestión de saber en qué medida aquellos que “se han vuelto locos” (“Verrücktsein”) de dolor, es decir, aquellos que se han “desplazado” (“Verrücken”) del punto de vista egocéntrico habitual, son puestos por su situación particular en posición de captar algo de esa parte de la realidad inmaterial que es inaccesible a nosotros, materialistas. Es allí que debe entrar en juego la investigación en la dirección del supuesto ocultismo. Los casos de transmisión de pensamiento en el curso de análisis de personas que sufren son extraordinariamente numerosos. A veces se tiene la impresión de que la realidad de tales procesos tropieza en nosotros, materialistas, con fuertes resistencias emocionales; las miradas que lanzamos sobre esto tienen tendencia a deshacerse como el tapiz de Penélope o como el tejido de nuestros sueños.

Es posible que estemos allí frente a una cuarta “herida narcisística”, a saber, que incluso la inteligencia de la que estamos tan orgullosos, aun siendo analistas, no es nuestra propiedad sino que debe ser renovada o regenerada por un derrame rítmico del yo en el universo que es el único omnisciente y, por este hecho, inteligente. Pero sobre esta materia volveré en otra oportunidad.

**(Sandor Ferenczi. Diario Clínico. Editorial Conjeturales, 1984, p. 60-63).**

*Volver a Selecciones Ferenczianas*

PÁGINAS DEL PORTAL ALSF-CHILE

<http://www.alsf-chile.org> - <http://www.biopsique.cl> - <http://www.indepsi.cl>

Contacto: [alsfchile@alsf-chile.org](mailto:alsfchile@alsf-chile.org).